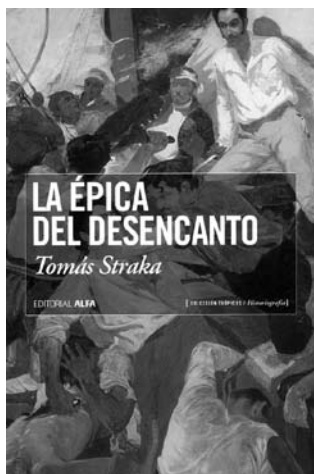


La épica del desencanto



LA ÉPICA DEL DESENCANTO

Tomás Straka

Director de las Maestrías en Historia de Venezuela y de Historia de las Américas en la Universidad Católica Andrés Bello

Editorial Alfa, Colección Trópicos,

254 pp. Caracas, 2009.



Un llamativo estudio de la historiografía venezolana en torno de la figura señera del Libertador que, entre la realidad, el mito y la leyenda, recorre toda la historia patria, desde su fundación hasta nuestros días. En una travesía inversa a la acostumbrada en el cuento de la historia, es decir, de adelante hacia atrás en el tiempo, el autor comienza por revisar la rebelión de los historiadores modernos contra dicho culto fundacional. Este recurso narrativo (que los neorealistas italianos volvieron a poner de moda con sus famosos “raccontos”) le sirve al autor para interesar al lector en el resto del libro, es decir, una vez acicateada la atención por aquella rebelión, se querrá saber su origen o procedencia, lo cual va preparando el escritor con dosificados comentarios sobre el pasado que, en el libro, es futuro.

No es sólo este recurso si no también las muestras de un estilo fluido salpicado de agudos comentarios que evidencian a un buen observador, a un buen escritor. Como tal, es un apasionado, pero al mismo tiempo, un historiador con formación científica. Ambos conviven con legítimos títulos y quizás sea esta la explicación del tono mesurado, de la sorprendente neutralidad, de ese sagaz equilibrio sostenido a lo largo de todo el libro, muy bien escrito, sobre todo su primera parte. Vale la pena hacer hincapié en la escritura del libro, porque así la historia no se transforma en lectura pesada, tediosa; tampoco en ilustración de una tesis encabalgada entre el elogio o

Alfredo Rodríguez Iranzo

Decanato de Postgrado
e Investigaciones Universidad
Metropolitana

defenestración de otra, y con la que podemos estar de acuerdo o no. De pronto es también literatura, no en el sentido imaginativo de la ficción, sino buena literatura (en el sentido del lenguaje), como un buen cuento que conserva intactos y sin distorsión los hechos reales, pero los trasunta en esa reverberación de la palabra que los mantiene curiosamente vivos. Contada así, la historia nos enseña por partida múltiple: no sólo por la exposición de los hechos y de los documentos sobre los mismos, si no también por ese calor de la palabra que los muestra, los acerca, los hace vivir un momento en nuestro ánimo hasta llegar a saborearlos, en su amargor, salobridad, dulzor o insipidez. Una analogía entre la prosa de este libro y la gastronomía no sería descabellada, pero es, como se dice, harina de otro costal. Sólo lo señalamos de pasada. Escribiendo, el autor es como un cocinero o, al menos, un gourmet: así en el plato el continente (su forma, color, temperatura, etc.), la solidez, la carnadura o evanescencia de los distintos componentes, la presentación (una pequeña, efímera obra de arte visual) y lo que se diluye casi en lo inmaterial: aromas, sabores, etc.; así su prosa, carnal, jugosa, pero atemperada, “cocinada”, que nombra los hechos y los deja flotando también en la evanescencia sutil de alusiones, sugerencias, intuiciones que nunca llegan a consolidarse en una opinión fija.

Esto desde el punto de vista del escritor, pero no es menos valioso para el punto de vista del historiador. Esa neutralidad, esa neutralidad que no es tibieza ni indiferencia, o frialdad si no un respeto a ultranza por el lector, que le deja a éste la responsabilidad de su propia reflexión, de sus propias conclusiones, no influidas por la opinión del autor (lo que, por lo demás, es propio de la obra de arte).

Ya desde la misma “Introducción” al libro, anticipa el autor un tema candente: “...Venezuela ha hecho del historicismo la base ideológica de su proyecto como nación. (...) La inspiración para transformar a la sociedad, al mundo entero si es posible, según el dictamen de nuestros sueños. El consuelo, cuando no lo logramos, de ver nuestras llagas cubiertas por las charreteras de las viejas victorias.” Así, el autor puede declarar su cometido: “...El problema de la relación entre historia y política, de la relación entre las lecturas políticas de la historia y las justificaciones historiográficas de lo político, es el que ocupará las siguientes páginas.”

Y comienza con la “rebelión” de los historiadores contemporáneos frente al “culto a Bolívar”, quienes, más que hartos del mismo, munidos ahora con las

herramientas científicas del profesionalismo histórico, y necesitados de comprender y explicar a través de la historia los aciertos y desventuras de la nación, van a examinar legajos, documentos y obras anteriores, en el afán de construir una nueva historiografía capaz de responder ahora a la necesidad de transformación democrática de la nación.

Dicha rebelión obedece a la anexión de la figura y el pensamiento del Libertador hecha por la historiografía pasada para apuntalar gobiernos de muy disímil concepción práctica pero sustentados todos en el “culto a Bolívar”. Examina así las obras fundamentales de Elías Pino Iturrieta bajo lo que él llama la “patología bolivariana”; la de Germán Carrera Damas y el “Bolivarianismo-militarismo” como “ideología de reemplazo”; la de Guillermo Morón y la “desbolivarización” de la sociedad; dedicando también varios pasajes a la de Manuel Caballero.

En lo que se refiere a Elías Pino Iturrieta, y al comentar una de sus obras más recientes, *El divino Bolívar, ensayo sobre una religión republicana*, Straka advierte que “...une dos de las vertientes de su obra pocas veces comunicadas entre sí —la política de actualidad y la historia de las ideas...” y destaca que ya desde el comienzo, Pino Iturrieta señala “...los prejuicios que puede acarrear a la sociedad la sobrestimación de los pasos de un héroe por la historia”.

Hablando de Pino Iturrieta, Straka acota: “Lo llevó, es decir, al problema teórico de cómo un mecanismo ideado por la sociedad para sobrevivir —el culto al héroe— puede llegar a convertirse en una amenaza para su existencia.” Y pocas líneas más adelante, “Porque el problema, sostiene, no es que los pueblos tengan héroes para cohesionarse en una identidad: el problema es que sean incapaces de caminar sin su tutela y, peor, que se cobijen bajo su sombra para eludir sus desatinos, como esos adultos que jamás logran madurar ni deslindarse de la falda de la madre.”... “Una patología: eso es justo lo que ve y denuncia en el muy adolorido ego de la república venezolana, así como en los mecanismos de defensa que se ideó” —concluye Straka parafraseando a Pino Iturrieta.

Citamos estos párrafos porque sintetizan admirablemente el meollo de la cuestión planteada por Pino Iturrieta y analizada por Tomás Straka. Esta patología no es responsabilidad del héroe sino de la hermenéutica desarrollada a lo largo de la historia por intérpretes que necesitaban consolidar el poder que compartían o al que adherían y que abarcaba tanto a la política como al clero. De este modo, esta

interpretación bolivariana terminó calando profundamente en el inconsciente colectivo, dándole, por cierto, una identidad, pero impidiendo también su posibilidad de cambio y desarrollo, quedando anclado como ese doloroso trauma irresuelto que Pino Iturrieta denomina la “patología bolivariana”. Esta reducción del mito a la psicología social y a una nueva interpretación de la historia no se refiere, lógicamente, a una reducción del héroe en sí, si no a las consecuencias nocivas que tuvo para el cuerpo social la elaboración de aquella epopeya en términos ideológicos. En contra de esto se yergue Iturrieta, no contra Bolívar. La lección, entonces, pareciera ser, ubiquemos a Bolívar justamente en el ánimo colectivo, con todos los honores que merece, pero replanteemos sus hechos, sus palabras, contextualizados, en una proposición que nos permita reconocer el trauma, trabajar para superarlo y quedar livianos para acometer el presente y el futuro desde una perspectiva enteramente nueva.

Pero entonces sobreviene el brote de un nuevo forúnculo bolivariano con el proceso actual que vive el país y al que Elías Pinto Iturrieta dedica, según Straka, más de la mitad del libro mencionado. La reflexión de todo el tema, desde sus orígenes al momento presente, arranca a Pino Iturrieta estas casi desconsoladoras, amargas, pero conmovidas palabras:

Páez imprimió el primer ejemplar de la biblia patriótica y la nación terminó en guerra civil. La república recién segregada de Colombia apenas pudo respirar con tranquilidad durante una década porque los notables el gobierno se olvidaron a propósito del breviario de San Simón. Guzmán edificó el Panteón Nacional para acicalar las tropelías de su dictadura y las ofensas de su megalomanía. Los cambios de la sociedad no se debieron entonces a la inspiración de un semidios, sino a las pretensiones de modernización que abrigaba el autócrata y a sus tratativas para sosegar a los caudillos. El héroe es una vergüenza en el misal de Gómez, mientras el país trata de abrirse paso porque aparecen elementos materiales, determinaciones exteriores y anhelos de justicia inimaginables en la época del héroe. Los arrebatos místicos de López Contreras son la evidencia del bamboleo presidencial en una comarca que cambia sin que el primer mandatario ni su estro de la Independencia sepan cómo cambia. Chávez jura ante un árbol por el “hombre sideral”, lo sienta en una silleta de confidencias y lo convida a las aglomeraciones, pero la república se derrumba. El

héroe ha sido requerido en cada etapa mientras el país de tumbos por su lado. Cada derrumbe tiene su explicación, pero Bolívar aparece en medio de todos los escombros.

Al examinar la obra más reciente de Germán Carrera Damas, otro de los rebeldes iconoclastas, Straka señala lo que, para él, constituye la tesis central de aquél autor: las “ideología de reemplazo”, derivada de la observación de los fracasos del comunismo en Rusia y Yugoslavia y en los países del este de Europa, muchos de los cuales debieron apelar a “sus viejos mitos nacionales” para refundirlos con las sobras del socialismo. A este respecto, dice Carrera Damas, citado por Straka:

... hoy parece posible percibir en América Latina una tendencia a buscar salidas a la desorientación ideológica mediante la adopción de las que cabría denominar “ideologías de reemplazo”, suerte de confusas alternativas ideológico-políticas validas de procedimientos que combinan el más rancio autoritarismo con la más desenfadada demagogia, y cargadas de contenidos liberales y socialistas, si bien estos últimos han sido hasta ahora más bien retóricos.

Análisis muy interesante será también la revisión crítica de las ideas del marxismo leninismo y su incidencia en la historiografía venezolana, sobre todo aquellas que tienen que ver con el culto a Bolívar. Cuarenta años atrás ya Carrera Damas había enfocado este culto a lo largo de la historia patria y había desmontado las falacias sobre el héroe producidas, tanto por la elite del poder, como por la interpretación de la izquierda. Straka revisa las obras de este período y se detiene en el *Culto a Bolívar*, para reconocer que Carrera Damas fue uno de los primeros historiadores contemporáneos en detectar el síndrome y estudiar sus consecuencias históricas y sociales. Vale la pena traer estas palabras de Carrera Damas citado por Straka:

... el fenómeno psicosocial iniciado espontáneamente como un culto del pueblo, fue convertido por la clase dominante en un culto para el pueblo. Es decir que pasó de ser expresión de admiración y agradecimiento a ser un instrumento de manipulación ideológica del pueblo, al servicio de causas dictatoriales, despóticas o de dudosa calidad democrática.

Desde este basamento, el análisis que Carrera Damas podrá hacer del proceso actual de la nación no será menos crítico. Si ya había estudiado y alertado sobre las consecuencias funestas que un culto ignorante y manipulado había producido en el pasado, como instrumentación ideológica desde el poder, estos días, para él aciagos, no hacen sino demostrar una vez más, esa fatal recurrencia en que caemos sin proporción ni medida. En sus propias palabras:

... En tiempos no menos difíciles es oportuno, por contrapartida, que los venezolanos nos alejemos del sepulcro de Bolívar, para que él pueda dormir en paz su alta gloria; y que nos dispongamos a montarle guardia con nuestra conciencia crítica, para que la merecida admiración que le rendimos deje de perturbar su sueño y podamos enderezar nuestro sentido histórico. También para que él mismo deje de contribuir a que quienes han usurpado su sepulcro continúen labrando el infortunio de los venezolanos, y así recobremos la confianza en el progreso social y moral, y preservemos el disfrute de la libertad.

Pasando revista a la obra de Guillermo Morón, Straka advierte que podría resultar insólito hablar de Morón junto a los otros historiadores ya mencionados, como un “rebelde” más, máxime teniendo en cuenta su “clasicismo” histórico, hombre de academia que no se mezcló en su hora con aquella revisión al culto bolivariano, que pasa por ser el historiador más popular de Venezuela, hasta el punto de ser mencionado en un joropo, y sobre todo, uno que fue rebatido por los nuevos historiadores surgidos en la década de los sesenta. Pero Straka avala su posición no sólo por su consabida imparcialidad sino por el argumento mayor de que Morón, al fin, también, descubre la fatalidad del culto bolivariano, con lo cual coincide con los anteriormente nombrados. El culto al “Mío Cid Libertador que historiadores de penúltima generación tratan de desmontar empezó en 1813 (...) se opaca mientras los restos se guardan en Santa Marta, resurge con Páez y el traslado a la Catedral de Caracas cuando Mío Cid retorna a su casa (...) sube la temperatura mitológica con el Panteón, alcanza su apogeo en el Campo de Carabobo, se envilece en las Cívicas Bolivarianas y se despacha en las turbias aguas de los Círculos Bolivarianos”. De modo que también Morón terminará de abogar por una “desbolivarización del país” para que “no se termine de contaminar con odios bolivarianos a la gente común y corriente llamada pueblo.”

Más próximo y presente en estos días, por su labor sostenida de columnista de opinión, está Manuel Caballero, otro de los “rebeldes” contra el abuso del mito bolivariano. El mero título de uno de sus últimos libros es ya un estandarte: *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica*. Elocuente y sin pelos en la lengua, Caballero sienta una tesis por demás sugerente: “Porque la historia es la memoria colectiva de la humanidad, es el análisis del desarrollo de los hombres en sociedad; y eso no puede reducirse a un solo hombre, por influyente que haya sido”. Y como el mismo Straka lo indica, entendida así la historia, la gran saga bolivariana quedaría prácticamente negada como historia. Caballero atribuye los variopintos ropajes que el Libertador ha tenido a lo largo del tiempo a la descontextualización de sus frases, aisladas y extraídas de su contexto con diversas intenciones. Tajante, a veces enfático, pero eso sí, siempre ceñido a la verosimilitud histórica, al decir de Straka “...Venezuela, por lo menos la república que emerge en 1830 y en la que aún vivimos, ‘no es una creación de Bolívar, sino que se formó *contrariando la voluntad del Libertador*’ ”.

Pero, según considera Straka, la parte más novedosa de este libro se halla al final, cuando el autor (Caballero), elabora la tesis de un fascismo bolivariano con antecedentes ya en la admiración del propio Duce por Bolívar declarada en la época de Gómez.

Si este culto ha de transformarse en una patología, si a través de él y por él hemos pasado por Castro, Gómez y otros tantos desmanes republicanos y hemos llegado al fascismo actual, pues “que Dios nos coja confesados”, como reza el dicho.

Había razones, entonces, para rebelarse. Pero esta rebelión, naturalmente, no ataca ni desmerece en absoluto la reconocida grandeza de Bolívar, sino que trata de poner al descubierto el uso y el abuso de su figura, su acción y su pensamiento para validar los diferentes proyectos de construcción –o destrucción– nacional llevados a cabo a lo largo de la historia, desde la misma fundación de la Primera República, hasta los gobiernos de Guzmán Blanco, Cipriano Castro, o la larga dictadura de Gómez. Parecía natural, entonces, que aquellos autores, en los albores de la nueva democracia, se dedicasen a rescatar la figura de Bolívar y trataran de adecuarla a un nuevo proyecto: la sociedad democrática que advendría ya abiertamente después de la dictadura de Pérez Jiménez (quien curiosamente no hizo énfasis en el

culto, como si le hubiese bastado los kilómetros de autopistas, puentes, túneles, edificios, etc.). Por todo esto, la rebelión de estos historiadores contra una "patología bolivariana" cuyo resultado ha sido, en la historia, la dificultad de construir una república sedimentada en sus propios valores y logros, en la que la apelación al mito ha tendido la sombra de la imposibilidad de construir dicha sociedad, pues "héroes fueron aquéllos", mientras que el hoy es sólo caos y desorganización, lo cual apoya la tesis decimonónica y gomecista del "gendarme necesario".

El resultado de esta actitud es pues la auto desvalorización, lo que el autor llama la épica del desencanto. Medidos contra ese engrandecimiento desmesurado de los héroes, de los antepasados, no somos mayor cosa y, para serlo, debemos refugiarnos nuevamente en el mito. De allí la construcción de un corpus historiográfico que tomó forma definitiva cuando Guzmán Blanco (quien llamaba a Bolívar un *semidios*), atravesó la dictadura de Gómez, consolidándose en la misma y culminó con Eleazar López Contreras y uno de cuyos máximos forjadores fue Eduardo Blanco, sobre quien el autor señala que su obra *homérica* fue casi una *Ilíada*, pues aparte del valor historiográfico resultó ser un canto de epopeya. Este cantar en prosa terminó por ubicar a Bolívar en el Olimpo.

Así llegamos a López Contreras, quien acaba por consolidar esta visión y, al forjar el nuevo ejército de la patria sobre este pedestal y en la profesionalización del soldado, en su intento bolivariano, desembocará también en el pretorianismo. El "ejército de la patria" puede muy bien así convertirse en "la patria del ejército".

Para finalizar, Straka dedica el último capítulo de su libro a Bolívar y la historiografía eclesiástica, o cómo un discurso histórico se convierte en un discurso pastoral. Al caer en este ámbito, la obra del Libertador termina por mezclarse en todas las instancias del poder: el militar, el civil y el religioso. De este modo, el culto a Bolívar, enraizado por todas estas tentativas en las profundidades del colectivo nacional, ha significado para algunos la constitución de una cierta identidad histórica y anímica más que geográfica y social, y para otros la muralla imbatible que se alza ante las aspiraciones de fundar una sociedad democrática moderna. A este respecto, el autor apenas menciona los avatares recientes y la anexión del culto a Bolívar por el actual gobierno, poniéndolo sólo como un ejemplo más de ese al parecer arbitrario abuso de la imagen del Libertador.

Allí se ha detenido el autor. No ha querido adentrarse en la contemporaneidad. Pero el mensaje que deja esta lectura puede ser muy claro, si se tiene en cuenta cómo, tanto el mito Bolívar al igual que su mezcla permanente con lo político, con el militarismo, a lo largo de toda la historiografía revisada por el autor, confrontado con los actuales momentos, nos deja ver que tal vez no hay nada nuevo bajo el sol y que la historia se repite en un extravagante paso atrás. El resonar de clarines de latón y la balacera real contra los inermes y anónimos de la historia.